

## AUSENCIA DE GRAVEDAD

*Estoy atravesando la puerta,  
y estoy flotando  
de una manera muy peculiar.  
Y las estrellas se ven muy diferentes hoy.*

David Bowie

La oscuridad en que estaba sumergida la habitación fue menguando al ritmo en que la luz artificial —que parecía manar de todos lados, pero de ningún foco en concreto— aumentaba hasta dominar la estancia por completo. El efecto pretendido con ello era imitar la progresiva llegada de la aurora, aunque a Andrómeda nunca le había convencido: había conocido amaneceres reales durante sus estancias en la Tierra, y no había forma de que la inteligencia humana o artificial lograran reproducir su magia.

Cuando sus párpados no lograron mantenerse ya cerrados ante la intrusión luminosa, estiró de manera instintiva el brazo para posar su mano sobre el hueco que la ausencia de Orión dejaba en su lado de la cama. Cada mañana repetía el mismo gesto y, en cada ocasión, por un instante, se extrañaba de no encontrar su cálido cuerpo tumbado a su lado, en lugar del frío vacío de la sábana. Una punzada de tristeza le asaltó: el familiar mordisco que la pena le lanzaba en cada despertar. Lo intentó contener, apartarlo como una insidiosa presencia. Se giró y se envolvió con la ropa de la cama, como una niña que pretendiera protegerse de sus miedos nocturnos utilizando el frágil escudo de las sábanas; para regresar al paliativo de la inconsciencia del sueño, lejos del sufrimiento. No lo logró.

Antes de que la dominara el irresistible impulso de romper a llorar, se levantó y estiro su cuerpo desnudo, entumecido. Enfrentarse a las rutinas diarias era el mejor bálsamo: mantener la cabeza ocupada para intentar no recordar. Al menos, todo el tiempo que fuera posible. Al abandonar la calidez de la cama sintió un escalofrío, a pesar de que las condiciones ambientales de la habitación estaban ajustadas a los biorritmos de su organismo.

Se giró y miró el holograma inserto en una de las paredes. Le sonreía, como siempre, el rostro risueño de Orión, al tiempo que, con su brazo, rodeaba los hombros de la propia imagen de Andrómeda. Tras ellos, la pantalla de agua de las cataratas de Iguazú parecía desplomarse gracias al efecto óptico de falso movimiento, generando una dinámica nube de espuma y emitiendo una miríada de destellos al reflejar el sol austral. ¿De verdad habían pasado ya siete... no, ¡ocho! años desde aquel viaje?

Posó las yemas de los dedos sobre sus labios, reseco tras horas de un nada reparador sueño y le lanzó un beso al retrato de su marido.

—Buenos días, amor.

Acto seguido, se metió en el baño, pasó la mano ante la célula fotoeléctrica y el grifo del lavabo se activó. Se quedó mirando su reflejo en el espejo, como si observara el rostro de una desconocida. A sus treinta y cuatro años se sentía como si hubiese cumplido muchos más: diez, o veinte, o cien... Sumergió las manos en el chorro y se empapó la cara. El frescor le otorgó un ligero alivio. Regresó al cuarto, se vistió con unas mallas y un sujetador deportivo, recogió su melena en una coleta, se calzó las zapatillas y salió al pasillo. No sentía ninguna gana de hacer deporte, pero sabía que le resultaría beneficioso: desatar endorfinas en su organismo era el único modo de elevar

algo su moral para soportar el día —si esta palabra poseía algún sentido en ese lugar.

—Zig —se dirigió al ordenador central de la nave—. La lista de reproducción número tres.

Por los altavoces sonaron los primeros acordes. Realizó los ejercicios de estiramiento, ajustó su respiración —notó el aséptico olor que impregnaba el aire tras atravesar el circuito de filtración— y comenzó a trotar, con suavidad, entonando en su cabeza las estrofas en inglés de la canción:

*Hay un hombre de las estrellas esperando en el cielo,  
le gustaría venir a visitarnos,  
pero cree que nos va a impresionar.*

*Hay un hombre de las estrellas esperando en el cielo,  
nos ha dicho que no se lo digamos a nadie,  
porque él sabe que todo merece la pena.*

La fuerza de gravedad generada de manera artificial la sujetaba al suelo mientras corría por el largo pasillo, que asemejaba un interminable cordón umbilical imbuido en luz artificial. La sensación de poseer masa y peso, el simulacro de la existencia de un arriba y un abajo, podía hacerla olvidar que se encontraba encerrada en una cápsula metálica, rodeada por un infinito espacio vacío, a millones de kilómetros de distancia de cualquier otra vida humana. La nave de exploración interestelar «Z. Stardust» era una bala de plata cruzando un inabarcable océano de oscura soledad, en dirección a los límites del Sistema Solar. Y Andrómeda era, ahora, su única tripulante.

Cuarenta y cinco minutos después, finalizó su carrera y retomó los estiramientos, empapada en sudor y con, al fin, cierta sensación de bienestar.

—Zig, prepara la bañera.

Cuando regresó a la habitación, la capa de espuma alcanzaba casi se desbordaba y el vaho impregnaba el interior del baño con una atmósfera tibia y neblinosa. Se sumergió y disfruto con el abrazo ardiente. Esparció el agua jabonosa por todo su cuerpo, disfrutó con la relajación de sus músculos, se acarició los senos y aproximó progresiva y cadenciosamente las manos a su entrepierna. Sintió como algo se despertaba en ella. Situó una de las manos sobre el pubis y rozó con las yemas de los dedos sus labios. Se detuvo. Aún no. Quería reservarse para él.

Abandonó la bañera cuando el agua estaba casi helada, se vistió sólo con la bata tras secarse dentro del chorro de aire caliente y se dirigió al comedor. El desayuno ya estaba preparado. Comió, para su sorpresa con apetito, devorando la tostada con mantequilla y mermelada de cereza, el café corto de leche y el zumo de naranja —nunca dejaría de sorprenderle el sabor tan realista de aquellos alimentos sintéticos—. Luego permaneció sentada unos veinte minutos ante la taza vacía, rememorando el último desayuno que compartió con Orión; aquella última conversación banal que mantuvieron juntos, antes de... Pese a esforzarse, los detalles se le escapaban: fue una charla sin importancia, intrascendente. Es extraño. Nunca sabemos cuándo será la última vez que hablemos con un ser querido; no podemos elegir las palabras que les diremos en esa postrera ocasión, sin oportunidad para despedirnos.

Después, cruzó de nuevo el extenso pasillo central de la nave, envuelta en su luz fría y difusa y entró en la sala de mandos. Allí comprobó que las

mediciones eran correctas, que no había alteraciones en el rumbo trazado y que todos los sistemas funcionaban como debían hacerlo. En realidad, Zig se encargaba a la perfección de todas esas funciones, pero le gustaba testar el funcionamiento de la nave en persona, a diario. Era parte de la rutina que la mantenía en pie. En la pantalla principal parpadeaban los avisos de numerosos intentos de comunicación desde la Tierra. Los ignoró, como siempre.

Cuando finalizó, volvió a recorrer el pasillo —en ocasiones se sentía como uno de esos hámsteres que corren permanentemente dentro de una rueda que no les desplaza a ninguna parte— hasta detenerse ante la puerta de la «sala de juegos». Así denominaban ella y Orión al antiguo laboratorio que se utilizaba para realizar experimentos en ausencia de gravedad. Antes de entrar, se detuvo y notó la aceleración de sus pulsaciones, que anticipaba el despertar de la excitación; como en cada ocasión, ese advenimiento del deseo lo percibía como un regreso a la vida, un puntual renacimiento. Era lo que, en verdad, le hacía levantarse cada día y soportar el inexorable bucle que habitaba. Pero, ¿cuánto duraría? ¿En qué momento se agotaría esa reserva de energía y debería afrontar la realidad? ¿Cómo sobreviviría en soledad en este mausoleo flotante, embarcada en un interminable viaje? ¿Cómo lo lograría sin Orión a su lado, sabiendo que nunca volverían a estar juntos?

Apartó esos pensamientos cuando la puerta se abrió con un leve zumbido mecánico y atravesó el umbral. De nuevo se sentía a salvo, refugiada en la burbuja que había erigido para aislarse del dolor.

La amplia sala circular se iluminó progresivamente, como si su contenido emergiera de la densa oscuridad. Visualizó las acolchadas paredes y la colección de instrumentos sexuales que le aguardaba: una camilla con argollas para

sujetar muñecas y tobillos, un potro de tortura, consoladores de diferentes tipos, colores y texturas, látigos, fustas y palas de diversas modalidades, mordazas, cuerdas y ligaduras... Todo un delicioso universo de excitantes posibilidades.

Pero la atención de Andrómeda, como siempre, se centró en la figura que descansaba, silenciosa, junto a la pared. El androide aguardaba sentado sobre la plataforma que utilizaba para recargar sus baterías con la energía que generaba la propia nave, como si el ser sintético constituyera una extensión de ésta. Un fruto nacido de sus entrañas, compuestas de materia metálica y energía de fusión solar. Su postura envarada, con la cabeza mirando al frente, la espalda recta y las manos descansando sobre los engranajes de sus rodillas no permitía dilucidar si estaba consciente o no; pero Andrómeda sabía por experiencia que, mientras se recargaba, permanecía en función de descanso. Aunque, en realidad, nunca había tenido claro hasta qué punto se desconectaba de su entorno; si, de alguna manera, percibía lo que ocurría a su alrededor.

—Activación —ordenó a Zig.

En un primer instante nada pareció cambiar. Pero luego, las células fotoeléctricas que ejercían de ojos en la cabeza del robot se iluminaron de un rojo intenso. Y el cuerpo enteró se agitó levemente, sin moverse del sitio, como si en verdad despertara de un profundo sueño.

—Carga la memoria de Orión en el bot.

El ser de metal permaneció inmóvil, con la mirada fija en el frente, sin que, en apariencia, se percatara de la presencia de la mujer. Entonces, se produjo un cambio en él. Algo en su actitud, una relajación en su postura, un sutil incremento del brillo en sus ojos. Incluso, si no supiera que estaba

construido de una ligera pero resistente aleación, Andrómeda hubiera jurado que su rostro había experimentado un cambio de gesto, la respuesta a un sentimiento humano. Giró la cabeza y, ahora sí, la miró.

—¿Orión? —preguntó ella.

—Hola, amor.

El androide se irguió con un sonido neumático, extendiendo su majestuoso cuerpo compuesto de piezas de reluciente metal que destellaron bajo la luz artificial. Andrómeda se abalanzó sobre él, abrazándolo —pegó su rostro a la amplia plancha que componía su pecho— con evidente alegría. Orión la acogió con delicadeza, algo sorprendente en un ser de apariencia imponente, y recibió en su boca sin labios el apasionado beso de ella: sólo en ese momento, rodeada por la afectuosa y delicada estructura de metal, se sintió protegida y relajada; segura.

—Te echaba de menos —le susurró.

—Yo no —respondió él con voz mecánica, en la que era muy difícil captar matices.

Inclinó Andrómeda la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos, interrogativa.

—Para mí no te has ido. Sólo ha transcurrido un instante desde que te despediste.

Ella intuyó —¿lo imaginó?— una sonrisa irónica en su impasible rostro.

—Tú nunca te vas —continuó él robot—; siempre estás conmigo, Andy. Mi vida entera está compuesta por innumerables momentos juntos.

Andrómeda volvió a mirarlo, ahora con un hondo amor fulgiendo en sus pupilas, dilatadas y húmedas. Se apartó de él, sin hablar, soltó el cordón atado a su cintura y dejó que la ligera bata se desplazara por sus hombros y cayera a sus pies. Permaneció inmóvil, dejando que Orión observara su cuerpo desnudo desde aquel rostro críptico, indescifrable para cualquiera menos para ella, que en todo este tiempo había aprendido a interpretarlo. Luego se aproximó, despacio y con movimientos insinuantes y posó sus manos sobre el pecho de él. Ya no se sorprendía de que su tacto fuera suave y cálido, en vez de duro y frío como cabría esperar —¿una proyección de sus deseos?—. Casi podía imaginar sangre caliente fluyendo por inexistentes venas y arterias, en vez de corriente eléctrica alimentando cables y circuitos.

Acarició todo su cuerpo, que ahora conocía como una familiar y añorada orografía mil veces explorada: abdomen, cintura, pubis, caderas, brazos, muslos, glúteos... una anatomía artificial que Andrómeda sentía como materia viva y deseable.

—Ziggy —utilizó, con voz agitada, el apelativo cariñoso con el que en ocasiones se dirigía al ordenador central—, lista de reproducción uno.

De nuevo, la música envolvió el interior de la nave:

*Es un pequeño lío terrible*

*para la chica de pelo castaño.*

*Pero su amigo no está a la vista en ningún sitio,*

*ahora, ella camina a través de su hundido sueño.*



Orión elevó con sus poderosos brazos el cuerpo de Andrómeda, con delicadeza y sin esfuerzo, como si levantara una muñeca. Ella le rodeó el cuello con los brazos y enroscó sus piernas en torno a su cintura. Descendió con suavidad, permitiendo que el sintético miembro del robot —un consolador biónico que ella misma había añadido a su estructura original— la penetrara. Cuando lo sintió dentro de sí se quedó quieta. Su pecho se movía agitado, al ritmo de su respiración profunda y el corazón acelerado. A continuación, volvió a dirigirse al ordenador central.

—Desactiva «G», ahora.

De súbito, sintió desaparecer la fuerza que la arrastraba hacia abajo, como si su cuerpo hubiese perdido masa, volviéndose ingrávito. La invadió una sensación de levedad. Como un solo ser, ella y Orión, fusionados, se elevaron sobre el suelo y comenzaron a flotar, acompañados por todos los objetos de la sala que no se hallaban fijados al suelo. Se vieron volando entre una constelación de dildos, bolas chinas, bridas, vergajos, mordazas, grilletes y vibradores. A través de los altavoces, envolviendo a esta coreografía en ingravidez, la música también se elevó en un «in crescendo»:

*Marineros bailando en el salón de baile,*

*oh tío, mira a esos cavernícolas,*

*es el espectáculo más estrafalario.*

*Oh tío, me pregunto si alguna vez sabrán*

*que están en el espectáculo de más éxito,*

*¿hay vida en Marte?*

Envueltos por la melodía, se desplazaban sin rumbo, impulsados por los movimientos de cadera de la mujer al frotarse contra el pubis del androide.

—Esto me devuelve a Marte —susurró Orión— ¿Recuerdas nuestro vuelo a través del «Valles Marineris»?

—Recuerdo tus manos azotándome las nalgas sobre el panel de mandos de la nave, en medio de aquellos interminables acantilados rojos —respondió ella, sonriendo.

—¿Y el paseo por Tharsis, circunvalando los 600 km que conforman la base del Monte Olimpo?

—Lo tengo algo difuso. Además —dijo con picardía—, ¿quién dice que el tamaño importe? Recuerdo mejor aquellas horribles esposas de terciopelo rosa con que me inmovilizaste al techo de la cabina.

—¿Cómo olvidarlas?

Rio Andrómeda, acompañada por el metálico sonido que emitió el dispositivo de voz de Orión, parecido a una carcajada.

—Sí —continuó él—, recuerdo Marte. Recuerdo cómo me enamoré de ti en Marte.

Se dieron un largo beso. Andrómeda se agitó y aceleró sus movimientos, cabalgando sobre las caderas de él.

—¡Ahora! —dijo, excitada— ¡Hazlo ahora!

Una descarga eléctrica, generada desde las baterías de Orión, estalló en el interior de la vagina de Andrómeda y recorrió todo su cuerpo, extendiéndose como un vibrante oleaje a través de sus terminaciones nerviosas. El agudo dolor

se mezcló con el clímax del orgasmo, de modo que placer y sufrimiento se fundieron de manera inextricable. Cuando ambos impulsos remitieron, Andrómeda se dejó caer sobre el cuerpo de Orión, agotada y calmada. El placentero dolor lograba opacar el sufrimiento y la pena que la torturaban. Ese dolor físico que, en otro tiempo, la unió sentimental y espiritualmente a Orión, era lo único que ahora calmaba su dolor anímico. Por un inconmensurable instante todo desaparecía: su memoria, sus recuerdos, todo su ser. Tan solo existía una intensa catarata de sensación físicas que le insuflaban un impagable, aunque efímero, bienestar.

Mientras que, así, quieta y recostada sobre el amplio pecho del androide templaba su desbocado corazón, Orión se impulsaba hacia abajo, descendiendo con suavidad. Cuando su espalda tocó el suelo, Andrómeda dio otra orden a Zig:

—Reactiva «G».

La levedad corporal desapareció de golpe y sus cuerpos quedaron tumbados sobre el suelo. Todos los objetos que orbitaban alrededor de la sala cayeron a la vez, golpeando con suavidad contra la mullida superficie. Ambos permanecieron largo rato inmóviles y abrazados. Por debajo de la música podía escucharse la relajada respiración de Andrómeda, mezclada con el sordo zumbido de la maquinaria electrónica del cuerpo de Orión.

*Mantén tu mirada eléctrica en mí, nena.*

*Pon tu pistola de rayos en mi cabeza.*

*Junta tu cara espacial en la mía, amor.*

*Alucínate en una fantasía lunar.*

—¿Estás muy ocupada hoy? —preguntó Orión— Podríamos comer juntos.

—Me encantaría. ¿Qué te apetece?

—Pasta —respondió Orión con entusiasmo, tras reflexionar unos segundos—. Hecho mucho de menos la pasta.

—¿Qué pasta? ¿Espaguetis, tagliatelle, vermicelli, macarrones...?

—Raviolis. Me apetecen raviolis.

—¿Con qué salsa? —siguió ella, divertida— ¿Putanesca, carbonara, pesto, bolognesa...?

—Car... bo... na...

—¿Orión?

—Amor... no... puedo...

—Zig —ordenó Andrómeda, pesarosa—. Desconecta el bot.

El androide quedó paralizado, mudo y, ahora sí, frío al tacto. Andrómeda lo miró con tristeza.

—Función recarga —dijo con un hilo de voz.

El robot se levantó y caminó con envarados movimientos de autómeta hasta su base, donde se sentó de nuevo.

—Descarga la memoria de Orión.

En cada ocasión, el corazón de Andrómeda se quebraba un poco más. Aunque modificado por ella y reprogramado para sus nuevas funciones, el ser de metal tan solo era un robot de mantenimiento. Y su memoria no era capaz de albergar algo tan complejo como la consciencia de un ser humano. Al menos,

durante un tiempo prolongado. De hecho, fue un milagro que el cerebro de la nave lograra replicar la estructura mental de Orión y copiar su memoria durante las horas en que agonizó; tras el accidente que sufrió durante aquella reparación de uno de los paneles solares, cuando orbitaban próximos a Saturno. Y sólo el imponente ordenador central podía ser capaz de acogerlo en toda su amplitud y mantener, al tiempo, las funciones de la nave.

No podía estar segura de cuánto tiempo más el cerebro del robot soportaría semejante esfuerzo, por puntual que fuera, en cada ocasión en que cargaba la consciencia de Orión. Tan sólo podía seguir avanzando, surcando el espacio y alejándose lo máximo posible de la Tierra. Evitar las represalias por lo que había hecho y, sobre todo, eludir la amenaza de que la mente de Orión fuera borrada. Que se lo arrebataran para siempre.

Al abandonar la estancia, cabizbaja y melancólica —de nuevo—, se preguntó cuánto más podría seguir así, viviendo cada día con el fantasma de su marido muerto.